

Mientras aquellos nobles hijos de México observaban la envidiable y loabilísima conducta que brevemente acabamos de reseñar, en la República acaecían, entre otros, los sucesos que pasamos á relatar:

Desde hacía tiempo se decía en público que el General Don José López Uruga, en Jefe del Ejército del Centro, había entrado en pláticas con Bazaine, para someterse al Gobierno del Imperio.

Convenida esa sumisión, el jefe traidor quiso prepararla por medio de una manifestación de los liberales de Guadalajara, encaminada á probar la imposibilidad de la continuación de la lucha, en favor de la causa nacional. Esos trabajos subterráneos no encontraron adeptos en la Capital del Estado de Jalisco; y mientras eran puestos en práctica, Uruga citaba una junta de guerra para proponer la adopción de tan criminal y descabellada medida; mas desconfiando del éxito, varió de parecer, limitándose á solicitar un voto de confianza, que le fué acordado sin dificultad por jefes ignorantes de sus intrigas.

El General Arteaga que estaba al tanto de ellas, se puso en guardia para contrarrestarlas, desconociendo su autoridad y retirándose á Teocoltlán, donde expidió un Manifiesto en que le declaraba traidor y le aconsejaba que se separara si no quería ser responsable de los males que pudieran sobrevenir.

Uruga, mirándose en una posición tan falsa, y por lo mismo insostenible, resignó el mando en el General Don Miguel M. de Echeagaray, segundo en Jefe del ejército, retirándose en seguida á León, des-

paña, participándole, además, que con la eficaz ayuda del ciudadano mexicano Manuel Terreros, y debido á su eficaz cooperación, logró salvarlos, mandándolos á las órdenes del Ciudadano Matías Romero, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México cerca del Gobierno de Washington.

Con los auxilios de tan distinguido mexicano (el Sr. Terreros), con cuatro mil francos que remitió el Gobierno de Sinaloa, y con otros pequeños donativos de los Ciudadanos Manuel Villamil, Pedro Rincón, Ramón Ceballos, Manuel Pacheco Schiafino, Carlos Landa, Joaquín Redo y Juan González Azúnzulo, pudieron los citados jefes y oficiales regresar á su patria, partiendo de San Sebastián el día 28 de Febrero, en cuya población fueron objeto de atenciones y cuidados esmerados, por la franca y generosa hospitalidad que les dispensó el vecindario, distinguiéndose en esas sentidas y laudables manifestaciones el Sr. Don Julián Alcalde, "quien haciendo á un lado sus compromisos más sagrados, tuvo el gran desprendimiento de suspender sus tareas de Preceptor de primera enseñanza, de alojar en su establecimiento á 26 oficiales, de invertir en provecho de ellos sus pocos recursos y trabajar después para sostenerlos."

de donde escribió á aquél una larga carta, en la que después de referir las muchas atenciones que había recibido de los imperialistas, y exponer la ninguna esperanza que debía abrigarse, según él, en el triunfo de las armas republicanas, lo excitaba á que siguiera sus pasos como único medio de salvación. En el mismo sentido escribió á los jefes Toro, Neri, Ornelas, Díaz León, Salazar, Aguirre y al Gobernador de Colima Don Julio García, de quienes recibió respuestas decisivas y patrióticas que deben considerarse como una humillante pero elocuente lección.

Arteaga se negó de pronto á reconocer á Echeagaray, á quien suponía mezclado en las intrigas de su antecesor; mas desvanecidas estas sospechas y habiendo sido designado aquel eminente ciudadano por el Sr. Juárez para sustituir al jefe infidente, invistiéndolo además con facultades omnímodas en los Estados de Colima, Michoacán, Guanajuato y Querétaro, y en los Distritos primero y tercero del Estado de México, siendo su segundo Echeagaray, por reciente designación del Gobierno Constitucional, expidió una proclama en que daba á este General el calificativo de *íntegro*, y trazaba la línea de conducta que se proponía seguir. Al General Don Santiago Tapia se le nombró Gobernador y Comandante Militar interino del Estado de Jalisco.

Nombrado Arteaga General en Jefe del ejército del Centro, en sustitución de Uruga, expidió varias proclamas y circulares; de una de éstas copiamos los siguientes párrafos:

"Sayula, 21 de Julio de 1864.—Muy señor mío.—Por las adjuntas proclamas se impondrá Ud. del programa que me he propuesto al encargarme del mando del ejército del Centro. Yo deseo que la atención de Ud. se fije sobre el olvido que he hecho de las pequeñas y recientes disensiones de este ejército, porque en lo sucesivo estoy dispuesto á castigar enérgicamente la poca fe en el soldado y el egoísmo en el ciudadano, hasta que, si es posible, no haya más que amigos en el territorio que pise dicho ejército.

"En esas mismas proclamas entrego mi honor en rehenes para garantizar á los pueblos, de las depredaciones y el despilfarro; por esto he querido manifestar que á la sombra de mi administración, ni las proveedurías de víveres ni las oficinas de hacienda harán *su agosto* á expensas de los pueblos y el ejército, pues sabré castigar enérgicamente esas sanguijuelas que hasta la fecha han vivido del peculado. Con

mucha más razón castigaré á cualquiera que abusando de la fuerza extorsione á los ciudadanos.....”

Estos nombramientos fueron perfectamente recibidos, pues Arteaga era un militar valiente, probó y distinguido, que había derramado su sangre en defensa de la autonomía nacional, y de cuya lealtad y patriotismo se tenía una seguridad completa. Echeagaray, antiguo oficial y bien acreditado por sus conocimientos militares, estaba observando una conducta pundonorosa en la guerra extranjera. Tapia era bien conocido en toda la República, por su intrepidez, por su patriotismo acrisolado y por sus servicios importantes, que tenía prestados á la Independencia, á la libertad y á la Reforma.

Márquez escribió una carta á Echeagaray, fechada el 18 de Julio, invitándolo á prestar sus servicios al Imperio, y en el mismo sentido, y al mismo Jefe, le dirigió otra desde León, Uruga, quien hacía, además, una larga reseña de su traición á la patria, y de las atenciones de que había sido objeto, por parte de las autoridades imperialistas en su tránsito hasta la dicha ciudad de León, punto que por entonces había escogido para su residencia.

Uruga, que había recibido honrosas distinciones del Gobierno Constitucional, no tuvo inconveniente en someterse á la Intervención, hándose al frente del importante Cuerpo del ejército de Centro: parecía imposible que un hombre investido de plenos poderes, y colocado en una posición brillante para su gloria, renunciase á éstas, dejando á su familia un título de infamia, adandonando las banderas de la patria, faltando á la confianza que en él se había depositado, y enervando de pronto, por su conducta criminal y antipatriótica, los esfuerzos de los buenos mexicanos para derrocar la dominación extranjera.¹

La permanencia del Gobierno supremo de la Nación en Monterrey motivo fué, como dejamos dicho, de alarma y sobresalto para los invasores; en tal virtud, se resolvió abrir la campaña del Norte, para lo cual salió de San Luis Potosí, el 29 de Julio, el General Castagny, al frente de una columna de 3,500 hombres; el 9 de Agosto llegó á Vanegas, y el 20 ocupó el Saltillo.

¹ Uruga sirvió al Imperio en puestos muy secundarios, y al terminar éste se expatrió, refugiándose en la vecina República de Guatemala, donde murió en el más completo abandono y el olvido más espantoso, justo castigo de su mal proceder.

El Presidente Juárez viéndose amagado en Monterrey, determinó salir de esta ciudad el 15 de Agosto, á las 3 de la tarde, con todo el personal del Gobierno, no sin que tuviera verificativo un incidente odioso que ocasionó un indebido trastorno.

No obstante la generosidad con que había sido tratado Quiroga, por la parte que tuvo en la sublevación de Vidaurri, aprovechando lo crítico de las circunstancias, desde las primeras horas de ese día empezó á hostilizar á la pequeña fuerza que allí había quedado para escoltar al Sr. Juárez; pero el regreso de un batallón de Guanajuato bastó para contener el escándalo, sin que hubiera habido necesidad de hacer uso de las armas, y el Gobierno salió á la hora determinada, después de arreglar cuantos negocios se ofrecieron en el día.

La primera jornada se rindió en Santa Catarina, á cuatro leguas de Monterrey, donde fué acometida la escolta al día siguiente por los mismos revoltosos; pero rechazados desde luego, no volvieron ya á molestarla: la ciudad abandonada cayó en poder de los soldados de Quiroga, quien se presentó con el carácter de Gobernador sustituto del Estado, nombrado por Don Santiago Vidaurri, que se quedó esperando en Tejas, á cubierto de todo peligro, el éxito de la intentona emprendida por su segundo.¹

Castagny entró sin resistencia en la Capital del Estado de Nuevo León, en donde su primera diligencia fué expedir una proclama en la que aseguraba bajo su palabra, y en resumen, el cambio portentoso y feliz que iba á recibir la Nación bajo el Gobierno de Maximiliano. En seguida procedió al nombramiento de autoridades, para cuyos puestos escogió á personas caracterizadas como intervencionistas, teniendo, no obstante, el cuidado de señalar como pena seis meses de prisión, en caso de resistencia.

A pesar de la propaganda que en favor del Imperio empezó á hacer

¹ Vidaurri y Quiroga reconocieron al Imperio por medio de la siguiente fórmula:

“Yo el infrascrito, declaro reconocer al Emperador Maximiliano como legítimo Soberano de México, y me someto á su autoridad.

“Además, me comprometo sobre mi honor, á no emprender ni favorecer ningún conato que tuviera por objeto atacar al Gobierno Imperial de México.

“Salinas Victoria, á 4 de Septiembre de 1864.—Santiago Vidaurri.—F. Quiroga.”

Un poco después, y como premio de su traición, fué nombrado Vidaurri Consejero de Estado, por decreto de 12 de Enero de 1865, expedido por Maximiliano en el Palacio de Chapultepec.

el nuevo Prefecto Municipal, Lic. Don Jesús M. Aguilar, esas manifestaciones se estrellaron en el buen sentido de aquellos ciudadanos, pues en el referido Estado y en los de Coahuila y Tamaulipas, se encontraba vivo el espíritu patriótico, que no consiguieron sofocar los invasores; las autoridades constitucionales daban laudables ejemplos de civismo, y de su indómita resolución en favor de la causa nacional.

El General Hinojosa, Gobernador de la primera Entidad Federativa, se encontraba en Cerralvo, organizando fuerzas con la ayuda eficaz del bizarro Coronel Naranjo; Don Gregorio Galindo, Gobernador de Coahuila, continuaba aglomerando cuantos elementos de guerra le era posible; y el General Cortina que mandaba en Tamaulipas, se preparaba á resistir el ataque de una sección francesa que había desembarcado en Boca del Río.

El 16 llegó el Gobierno á la Hacienda de Sta. María, donde supo que las fuerzas liberales reunidas en el Saltillo, emprendieron su retirada aquella misma noche; y á fin de incorporarse con ellas, tomó el día siguiente el camino de Monclova, y pernoctó en la Hacienda de Mesillas: el ejército, compuesto de 2 divisiones mandadas por los Generales González Ortega y Alcalde, fuertes ambas de 1,500 hombres, emprendió su retirada en el mejor orden, y en la Hacienda del Anheló se resolvió abandonar el camino de Monclova, seguido hasta allí, para tomar el de Parras, que tenía sobre el anterior la ventaja de salir á puntos de más recursos, y de facilitar la reunión de las tropas del General Patoni: el Gobierno se adelantó con una pequeña escolta, cubriendo la retaguardia todo el resto del ejército.

La prolongada marcha de flanco que tuvo que hacerse á corta distancia del Saltillo, inspiraba el temor de tener un encuentro con el enemigo; y esa previsión estuvo á punto de realizarse, pues una fuerza francesa apareció á poca distancia de la republicana, que se preparó á resistir, mas aquélla permaneció sólo algunas horas en Parras, retrocediendo luego al rumbo del Saltillo. En la Villa de Viesca volvió á incorporarse el ejército con el Gobierno, y de allí se siguió la marcha al rancho de Matamoros, continuándola á la Hacienda de Santa Rosa, perteneciente al Estado de Durango.

Allí acudió el Gral. Patoni á conferenciar acerca del plan de campaña que había de adoptarse, y se acordó que la fuerza de éste se uniera á la de los Generales Ortega y Alcalde, para formar el primer Cuerpo

del ejército de Occidente, del que fué nombrado Jefe González Ortega, y segundo Patoni. El plan adoptado fué que el ejército marcharía sobre Durango, con el objeto de batir á la división francesa, existente en dicho Estado, y procurar apoderarse de su Capital; y mientras se realizaba la expedición, el Gobierno se dirigió á Mapimí, donde permaneció algunos días, saliendo en seguida para las Haciendas de la Goma y de la Loma, y luego para la Noria Pedriceña, conservándose á corta distancia del ejército, que había emprendido ya su movimiento de avance hacia Durango.

En la Noria Pedriceña fué celebrado, la noche del 15 de Septiembre, el aniversario de la Independencia: en la capilla del pueblo pronunció un discurso el Lic. Don Manuel Ruiz, y en seguida habló el Presidente de la República, cuyas sentidas palabras conmovieron hondamente á los circunstantes. El día siguiente se pasó á la Hacienda del Sobaco, donde por la noche fué solemnizado el referido aniversario, pronunciando el Ciudadano Guillermo Prieto un discurso lleno de poesía y de ternura.

“La solemnidad del acto, dice el Sr. Iglesias, á quien hemos citado con frecuencia, fué grandiosa por su misma sencillez. Las montañas que limitaban el horizonte se elevaban majestuosas, como testigos mudos de aquel imponente espectáculo. La luna, saliendo de entre unas nubes que la habían ocultado poco antes, rielaba sobre el Nazas, que corría á poca distancia. El cuadro de los concurrentes, formado junto á la puerta de la Hacienda, se componía del Gobierno, de la escasa cuanto leal comitiva que lo ha acompañado en su tercera peregrinación, de los soldados del batallón de Guanajuato y del cuerpo de carabineros á caballo, fiel escolta del Supremo Magistrado de la Nación, y de los sencillos habitantes de la Hacienda, que por primera vez, sin duda, asistían á un acto semejante.

“Después del discurso, entonaron los soldados canciones patrióticas con las que alternaban danzas populares, y representaciones alusivas á las costumbres de los indios bárbaros.”¹

La mañana del 17 se presentaron en la dicha Hacienda de Sobaco las autoridades y principales vecinos del Nazas á felicitar al Presidente y á invitarle á que pasara á la población, lo que verificó la tar-

1. Iglesias.—Revistas históricas.—Tomo 3º.—Págs. 25 y 26.